

XXV

DUELO AMERICANO

Eran las seis de la mañana. El cielo negro y nebuloso, tenia en el horizonte hacia el lado del Oriente, nubes azuladas, sobre las cuales se agrupaban otras de un gris pálido.

La llanura estaba sumida en la oscuridad mas completa.

Acá y allá, algunos árboles aislados, que velaban como fantasmas.

Era aquel momento en que el naciente crepúsculo, vá á entablar con la noche una lucha victoriosa. Las tinieblas reinaba to-

avía, pero una claridad que salia no se sabe de donde, hacia ya los objetos confusamente visibles.

Una berlina corria al galope de dos buenos caballos en el camino de Lille.

Las persianas estaban corridas, el cochoero conducia sus caballos en conciencia.

Un poco mas allá del fuerte de Aubervilliers, que el cochoero dejó á su derecha un puente á flor de tierra; atravesaba el arroyo de Montfort que una costra gruesa helada lo cubria á pesar del desyelo. El cochoero detuvo la berlina alcomenzar el puente.

La portezuela se abrió.

—Seguid adelante, dijo una voz en el interior, pararéis en el bosque que esta enfrente de la Courneve.

La portezuela se volvió á cerrar y el cochoero obedeció.

Al cabo de diez minutos de marcha, el coche se detuvo de nuevo. El crepúsculo habia adelantado lo bstante para poder percibir un bosquecillo de encinos á la izquierda del camino.

—No bajen del pescante! dijo una voz en el interior.

El viajero bajó él mismo el estribo, y de un salto se puso en el camino real.

Llevaba una capa, y en la mano tenia una carabina de dos tiros.

—Arrendad de nuevo, y volveos por el camino de Paris, dijo el viajero; encontréis vuestro salario en la bolsa del carruaje,

—Y si el señor necesitase..... comenzó el cochero.

El viajero preparó su carabina.

—Nada de observaciones! exclamó, marchad!

El cochero azotó sus caballos.

El viajero se internó luego en el bosque, y se dirigió corriendo hácia la Courneuve, como si temiese ser perseguido.

A doscientos pasos del camino se detuvo bruscamente, y se puso á escuchar.

Creyó oir un ruido que cesó repentinamente. Parecia como el eco de sus propias pisadas

Quando se escucha despues de haber corrido, el oido se engaña; porque la circulacion está agitada y las arterias laten con mas violencia.

Enrique de Villiers, porque él era, per-

maneció un instante inmóbil, deteniendo la respiracion. Un silencio profundo reinaba en el bosque.

Luego que volvió á continuar su marcha, oyó moverse ligeramente las hojas; se paró al momento. Ilusion ó realidad; pero creyó percibir una sombra indecisa entre los árboles.

Preparó su carabina, mas al momento de hacer fuego, cambió de resolucion y se dirigió al objeto designado con el arma dispuesta.

Era éste un viejo tronco de encina; dió una vuelta á su derredor y no vió á nadie; pero á cincuenta pasos de allí, las hojas crugieron de nuevo, y el vizconde Enrique creyó ver todavía un objeto que se movía en las tinieblas.

—Yo sueño! exclamó burlándose de su debilidad: no he visto de la misma manera, cien veces en las selvas, sombras errantes y fantásticas!.....

Vamos! serenidad! mi situacion es brillante: tengo buenas piernas, buena vista, y este Rosen, de seguro, no se llevará mi herencia!

Atravesó corriendo el bosque, y se detuvo en su orilla.

Allí, puso su carabina contra un árbol, con el fin de hacer recobrar á sus adormecidas manos, por un frotamiento vivo y prolongado, la flexibilidad que necesitaban.

La oscuridad reinaba dentro del bosque; pero la llanura comenzaba á alumbrarse. El vizconde podia, en consecuencia, tirar sus medidas y formar su plan de batalla.

Ya no pensaba en las sombras que lo habían perseguido en el bosque.

No tenia razon, porque á doscientos pasos de él Towah se arrastraba por el suelo, caminando con lentitud, pero sin producir ningun ruido.

Towah venia de Paris. Habia seguido á la berlina, corriendo desde la avenida Gabrielle.

El vizconde Enrique, se decia:

—Rosen va á descender del arroyo de Montfort al camino de la Courneuve. Va á remontar la corriente para tomar el camino de Lille. Me emboscaré en la llanura, lo tendré de flanco, y si mi mano no tiembla, este será el fin de la historia.

Con el fin de realizar este pensamiento, se habia apeado de la berlina á un cuarto de legua mas allá del arroyo, y dirigiéndose al Oeste atravesando el bosque.

No es nuestro ánimo hacer la defensa del vizconde; pero su astucia, necesario es confesarlo, en nada contrariaba las singulares y feroces leyes del duelo americano.

Ese buen país de América no se jacta de ser muy celoso partidario de las reglas caballerescas.

Los pieles rojas eran valientes, los yankees son *civilizados*, y sin embargo de eso, éstos han esterminado á los pieles rojas llamándolos salvajes.

Pero los yankees saben vivir; es verdad que sus descomunales diarios nos traen constantemente alguna nueva prueba de su *civilizacion*: que riñen á puñadas en pleno congreso; que se dan de balazos en las calles, que se suicidan en las iglesias por medio de esos ingeniosos útiles que han bautizado con el nombre de *revolvers*; pero todo esto, qué diablos! no se puede llamar barbarie!

El duelo americano no tiene semejanza

alguna con ese combate caballeroso en limitado campo, como es nuestro duelo.

El duelo americano es una batalla encarnizada, ó mas bien, una guerra declarada, en que cada parte beligerante conserva la libertad de accion. En toda guerra la estratagemas es permitida.

No tenemos necesidad de añadir, que el duelo americano nunca es como el nuestro, que termina muchas veces con un abrazo entre los adversarios. En aquel, es necesario que al fin de la lucha, un hombre haya muerto.

El vizconde se apretó el cinturon, y se aseguró que tenia absoluta libertad en sus movimientos.

Su vista buscaba el lugar en la llanura para ponerse en acecho.

Towah no estaba ya sino á cincuenta pasos. Towah seguia arrastrándose puesto en cuatro piés. La serpiente de las sabanas no se desliza entre las yerbas mas silenciosamente.

En el Oriente, la faja gris de nubes cambiaba de color y se teñia de amaranto. El frio se aumentaba, como de ordinario acon-

tece á esta hora. El agua del desyelo se desprendia de las ramas de los desnudos árboles en gotas diamantinas.

Ni una alma se percibia en la llanura.

—Es tarde! debia haber llegado ya, decia el vizconde; una vez aclarado el dia, el combate será imposible.

En la estremidad Norte del bosque, el terreno se elevaba, de modo que formaba una pequeña eminencia, cuya cima se hallaba á algunos de los últimos árboles. El vizconde subió á ella para ver si desde allí percibia el arroyo de Montfort.

Towah se encontraba á tres pasos del árbol. Llegó á él de un salto, tomó la carabina, y acostado como estaba, desarticuló el cañon, tomó los dos cartuchos uno despues de otro, y despues de haberlos mordido los volvió á colocar.

Cuando el vizconde regresó al árbol, la carabina estaba en el mismo lugar en que la habia dejado. Towah, invisible detrás de un tronco viejo de encino, abria su ancha boca y reía en silencio.

El vizconde tomó su arma apresuradamente, se quitó su capa, y enrollándola en el brazo, se lanzó, rodeando la eminencia, hácia el lado del Oeste.

Habia percibo á su adversario.

Alberto de Rosen avanzaba, en efecto, á la distancia de tres á cuatrocientos pasos. No seguia la direccion del arroyo de Montfort. Se habia dirigido á la llanura para poder mirar en derredor suyo.

Su andar era lento, y al parecer, penoso. Su capa lo cubria de la cabeza á los piés.

La claridad del dia, que aumentaba por minutos, dejaba ver su venda.

El vizconde, ya en guardia, se situó en surco. Movió el cuchillo en su vaina, pensando:

—Dentro de tres minutos, este hombre me pertenece.

El surco por donde andaba, se hallaba distante cosa de ciento cincuenta pasos de

la línea que seguia Rosen. Pero éste habiéndose detenido un instante para dirigir una mirada en derredor suyo, cambió de direccion.

Vino en derechura hácia el vizconde, el cual se puso de rodillas y preparó su arma.

A los cien pasos, el vizconde dejó ir el tiro.

La capa de Rosen cayó, y dejó ver su vestido húngaro, de cuya cintura pendia un cuchillo de orc, igual en todo al de M. de Villiers.

Rosen tenia la carabina preparada.

Aceleró el paso.

Enrique apuntó de nuevo. Su alma estaba en sus ojos. Sesenta pasos lo separaban apénas de su adversario, cuando el segundo tiro de carabina salió.

Rosen se detuvo, llevó la mano á su frente. Enrique lo creyó herido en la cabeza.

Pero léjos de vacilar, Rosen repentinamente se levantó mas erguido. Su talla, hasta entónces encorvada, ofrecia el aspecto de la salud y del vigor.

Al mismo tiempo, arrancada la venda, dejó ver su semblante.

M. de Villiers arrojó un grito de rabia.

—Jorge Leslie! exclamó, cargando apresuradamente su carabina.

—Os mando que no volvais á cargar, pronunció Rosen con calma.

Y como Enrique no obedeciese, Rosen apuntó por la primera vez.

El eco de un tercer tiro resonó en la llanura.

Este fué el último; la culata de la carabina de Enrique voló hecha astillas.

Rosen arrojó la suya, y continuó avanzando.

Sus ojos estaban fijos en los del vizconde, cuyo rostro cubria una palidez mortal; pero que desdeñaba resueltamente empuñar el cuchillo de oro.

—Os espusísteis mucho, M. Leslie, dijo Enrique; si hubiese sido mas certero en mis tiros, de qué os habrían servido todas vuestras farsas!

—Nuestro duelo no ha comenzado todavía, M. de Villiers, respondió Rosen; la carabina no tenia balas.

—Entónces, es un asesinato!.....

Rosen mostró su *golden-dagger*.

—Quereis hacer justicia á miss Ellen Talbot? preguntó.

—No, respondió Enrique; os espero.

Rosen dió dos pasos y un salto. Enrique lo aguardaba de pié firme, y le tiró un golpe que Rosen paró con destreza.

Un instante despues, Enrique estaba derribado en el suelo; Rosen lo tenia afianzado del puño derecho, y con la rodilla puesta sobre su pecho.

—Quereis hacer justicia á miss Ellen Talbot? preguntó por la segunda vez.

El vizconde en su impotencia, espumaba de rabia.

—No; respondió aún.

Despues, con sarcástica sonrisa, le dijo: vos no me mataréis, así lo habeis jurado!

Por la tercera vez, Rosen preguntó:

—Quereis hacer justicia á miss Ellen Talbot?

Su vacilacion, daba M. de Villiers mayor confianza.

—Yo me casaré con Elena de Boistrudan, mi prima, replicó; os cedo á la otra, señor caballero errante!

El conde Alberto no podia comprender

la amarga burla que encerraban estas últimas palabras.

Apenas Enrique las hubo proferido, cuando haciendo un gran esfuerzo para desasirse, se abrió su chaqueta desgarrada.

Un papel cayó de su pecho.

Arrojó un rugido, mordiendo al mismo tiempo el puño de Rosen para hacerle soltar su presa.

Este la abandonó en efecto, pero fué para tomar el papel que era una carta.

A primera vista había reconocido el timbre postal de la Union. La carta venía de Baltimore. Estaba dirigida á la señorita Elena de Boistrudan; pero no era la letra de miss Ellen Talbot.

Cediendo al primer movimiento, Rosen se arrojó sobre la carta. El vizconde Enrique que lo acechaba, aprovechó ese momento dirigiendo al corazón un rudo golpe con el cuchillo.

Pero este golpe no lo alcanzó, porque de repente se sintió levantarse por dos robustos brazos que estrechaban fuertemente su cintura.

No podía voltearse; pero tampoco era ne-

cesario. Las manos cobrizas de Towah el Panie, eran tan fácil de conocerse como su cara.

—No le hagais nada! ordenó Rosen.

Abrió la carta y leyó.

Su cabeza se dobló sobre su pecho, y una lágrima rodó por sus mejillas.

—Ellen ha muerto! pronunció lentamente.

Un sonido gutural salió de la boca del indio.

—Ellen era una santa que se encuentra ya en el seno de Dios! añadió Rosen.

—Ya veis! dijo el vizconde Enrique de Villiers, que aun cuando yo quisiera, no podría acceder á vuestros deseos.

Rosen pasó la mano sobre su frente.

—Ellen ha muerto! repitió con voz ahogada, el amor santo, el hermoso y puro amor de mi juventud!..... Había prometido perdonaros en tanto que tuviéseis la posibilidad de reparar vuestro crimen.... mi promesa tambien ha muerto.....

—Déjalo libre Towah!

El indio obedeció.

—Inmediatamente, señor de Villiers, prosiguió Rosen, que tomó de su cartera el pa-

pel firmado por Enrique en Baltimore, la noche en que el duelo habia sido ofrecido y aceptado.

—Desconfío de este hombre, dijo Enrique, mostrando á Towah.

—Ven acá Towah! dijo Rosen.

Y cuando el indio estuvo colocado entre vizcon el de y él.

—Júrame que permanecerás inmóvil durante la lucha, exclamó.

—Towah lo jura!

—Júrame tambien que si yó sucumbo no me vengarás.

Towah vaciló.

Rosen poniéndole la mano sobre el hombro.

—Júralo por los huesos de tu padre! repitió

—Towah lo jura por los huesos de su padre! pronunció el indio con repugnancia.

—Preciso es contentarse con eso! dijo Enrique con amarga sonrisa.

—Señor de Villiers, respondió Rosen, si no os batís conmigo como hombre, este os matará en el acto como un perro!

—Towah se lamió los lábios.

—Imitadme, repitió Rosen.

Atravesó con el cuchillo de oro el papel firmado por M. de Villiers. Este tomó el papel firmado por Rosen, y lo atravesó de la misma manera con su *Golden-dagger*.

En seguida se pusieron en guardia, juntos los piés derechos, el cuchillo á la altura de la rodilla, y la capa enrollada en el brazo izquierdo.

Enrique atacó primero.

Pero en seguida, cayó á plomo hácia atrás. El cuchillo de Rosen le habia atravesado el corazon, y se presentaba pegado á los labios de la mortal herida, el papel que tenia escritas estas palabras:

“Muerdo con mi voluntad y por mi propia mano.”

Firmado Enrique, vizconde de Villiers.

Towah tuvo un gran sentimiento de dejar en su lugar esta décima cabellera.

El sol, que aun no tocaba el horizonte, teñia de púrpura las negruscas nubes del Oriente.

—Y Mohicano! preguntó Rosen, al atravesar la solitaria llanura para llegar al arroyo de Montfort.

Towah miró orgullosamente sus piés calzados con los mocasines. En seguida su mano señaló las alturas de Montmartre, de donde se levantaba una espesa columna de humo.

—La muger de Towah está vengada, dijo, ella duerme en paz..... y yo parto.

A las nueve en punto, el conde Alberto de Rosen entraba á la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

Elena de Boistrudan estaba arrodillada en el altar de la Virgen. Oraba con fervor, reclinada la frente entre sus manos.

Rosen se acercó y la dijo:

—Ellen ha muerto; su hija se halla huérfana, yo os amo: queréis que la hija de Ellen tenga un padre y una madre?.....

Al Oeste de la gran ciudad de Ofen, que nosotros llamamos Bude, entre las selvas de

Bacconier y el lago Balaton, existe un altanero castillo, que descuella ennegrecido y grande entre las encinas seculares de la pendiente de la montaña.

En el décimo quinto siglo, aun existían los Magyares en Hungría. Las ciudades con sus voceadores nocturnos.

Hoy, aun se miran sus fortalezas tales como las guerras feudales de la edad media las han dejado.

Este suntuoso castillo, flanqueado de agudos y elevados torreones, ostenta entre los macizos de su puente levadizo un ancho escudo, esculpido en la piedra: era la antigua residencia de los Bans de Kponar.

Estaba cercado de fértiles campos, en donde se albergaban rústicos moradores.

Un año exactamente, despues de los acontecimientos que acabamos de referir, la noche de Navidad de 1850, habia tertulia en la gran sala del castillo.

Al derredor de una magnífica chimenea de mármol amarillo, donde ardian grandes trozos de leña, se hallaba reunida una familia entera.

Eran dos señoras ancianas, de las que

una vestia luto, mistress Talbot la madre de Ellen y madama la marquesa de Boistrudan: seguia el general O'Brien en traje de camino, teniendo en sus rodillas una hermosa niña de diez y ocho meses; despues el conde Alberto de Rosen y su jóven esposa que acariciaba en su seno un niño recién nacido.

La hermosa niña de diez y ocho meses, se llamaba Elena: era la hija de Ellen Talbot. El recién nacido, niña tambien, que tenia por madre á Elena de Boistrudan, se llamaba Ellen.

Eran dos hermanas que ya manifestaban parecerse.

Habia en aquella familia un felicidad dulce y serena. La jóven condesa de Rosen contemplaba sonriendo á los dos niños igualmente queridos. En los ojos de Alberto, fijos en su muger; se pintaba la felicidad de su amor.

Solamente la señora marquesa se fastidiaba un poco. Era al fin una desterrada. Por otra parte, sabia ya todas las historias de su yerno.

—Habládnos de Paris, vos, que venís de

por allá, dijo ella al viejo general; qué se hace en Paris? qué se dice en Paris?

—Paris duerme, contestó O'Brien, ya no hay allí ni política ni literatura, la bolsa es lo único que tiene vida..... sin embargo, se habla mucho de una muger.....

—De qué muger?

—De la señora duquesa de Rivas.

Elena palideció y dirigió una furtiva mirada á Alberto, que volvió á otra parte la suya.

—Qué se dice de la señora duquesa de Rivas, preguntó la marquesa?

—Que está viuda, respondió O'Brien, y que esconde un amor profundo en el corazón.

—Qué! exclamó Rosen, el señor duque ha muerto?

—Se conserva tan hermosa como ántes? preguntó la marquesa.

—Solo Dios lo sabe, señora, respondió el general, que tomó entonces un aire grave y solemne. Los hombres ya no ven su semblante.

Todas las miradas lo interrogaban. Puso en seguida á la pequeña Elena en las rodi-

llas de mistress Talbot, y sacó de su bolsa una caja de terciopelo, que ofreció á la jóven condesa de Rosen.

—La última vez que oí el sonido de su voz, prosiguió O'Brien, fué al través de un velo de religiosa. La víspera habia pronunciado sus votos. Ella mandó llamarme para hacerme el encargo de poner ésta en manos de nuestra Elena.

La condesa de Rosen abrió temblando la caja, ésta contenia una guedeja de pelo rubio puesta en un medallon de oro y una carta.

En los ojos de Elena se pintó la emocion profunda que se experimentaba al contemplar la rubia cabellera de su marido.

—Leed la carta, la dijo O'Brien.

La carta estaba así concebida:

“Se los habia robado durante su sueño, una noche que estando enfermo, lo velaba á su cabecera. Os los devuelvo, querida hermana mia. Vedme muerta para todo, hasta para el recuerdo. Adios, amadlo mucho y sed feliz.—SOR CARMEN.

Elena besó el medallon y quemó el billete.

## ÍNDICE

CAPITULOS	PAGINAS
I Tertulia en casa de la marquesa.....	3
II El señor Benito.....	28
III Encuentro.....	41
IV El irlandés.....	49
V La leyenda de los golden-daggers.....	57
VI Continuacion de la leyenda de los golden-daggers.....	75
VII El mayor.....	85
VIII Luchas.....	98
IX Doña Cármen.....	112
X El corazon de un indio.....	123
XI Dos corazones de muger.....	129
XII El pacto.....	141
XIII Noche de invierno.....	166
XIV Explicacion.....	189
XV Mohicano.....	207
XVI Mohicano—Continúa.....	217
[XVII Los Camaros.....	231
XVIII El general O'Brien.....	253
XVIII Misterios.....	274
XIX Los cabellos de la señora duquesa.....	297
XX Misterios.....	311
XXI El wals.....	324
XXII La estrella polar.....	349
XXIII Las dos berlinas.....	373
XXIV Los mocasines de Towah.....	399
XXV Duol americano.....	410

